

**Sobre la evolución política de
Manuel Sacristán**

Francisco Fernández Buey

MANUEL Sacristán (1925-1985) no fue un político al uso ni tampoco un ético licenciado. Era un hombre que tenía una pasión política indiscutible; una pasión política que le acompañó siempre, desde muy joven. Era un hombre que entendía la política como ética de lo colectivo.

En la evolución de su pensamiento y de su actividad política hay cuatro momentos bien diferenciados. El primero, el de sus años de formación, se extiende entre 1941 y 1955; el segundo momento fue de intensa dedicación a la organización del partido comunista y abarca los años que van de 1956 a 1968; el tercero es el momento que sigue a lo que él mismo llamó *el doble aldabonazo* (los acontecimientos de París y Praga en 1968), comprende los años que van de 1969 a 1979 y se caracteriza para la autocrítica del socialismo leninista y el señalamiento de los problemas nuevos en la crisis del movimiento comunista; y el cuarto y último momento corresponde a su actividad en el ámbito de la revista *mientras tanto* y a la elaboración de un proyecto roji-verde-violeta.

EN su juventud, entre los quince y los veinte años, Sacristán se afilió al Frente de Juventudes y fue falangista joseantoniano hasta poco después de iniciar los estudios universitarios en la Facultad de Derecho de Barcelona. De acuerdo con el testimonio que han dejado varias de las personas que le trataron en la época de estudiante de bachillerato y en sus primeros años como estudiante universitario en Barcelona (Josep M^a Castellet, Juan Carlos García Borrón, Francesc Vicens, Francesc Farreres, etc.), el joven Sacristán rompió con el falangismo durante el curso 1946-1947, en desacuerdo con las presiones y violencias que éste estaba ejerciendo sobre estudiantes catalanistas. Apenas si había cumplido entonces los veintidós años.

Más importancia que esta fase falangista juvenil tuvo en la formación de Sacristán la enfermedad que padeció mientras estudiaba filosofía, estudios que si-

multaneó con los de derecho en la universidad de Barcelona. Sufrió entonces una tuberculosis renal y se le tuvo que practicar una nefrectomía en 1949. Este hecho condicionaría mucho su vida y su actitud ante la existencia. Durante la enfermedad y la convalecencia leyó mucho y reflexionó muchísimo sobre la salud, la enfermedad, la higiene física y mental y el sentido de la vida. Durante aquellos años maduró muy rápidamente y los amigos lo notaron. Esteban Pinilla de las Heras, que le trató en esa época, ha descrito así esta maduración:

Con la enfermedad —y, sobre todo, con la ablación del riñón— Manolo tuvo conciencia de que podía vivir muy poco tiempo, de que su vida estaba seriamente amenazada y podía, en consecuencia, morir muy joven. Y entonces —entre los años 1947 y 1949— cobró madurez con una velocidad extraordinaria. Nos pasábamos manuscritos —él en la cama, rodeado de libros— y pronto te dabas cuenta que la redacción de Manolo no era como antes periodística, combativa, un poco altanera, sino que, por el contrario, empezaba a convertirse en una redacción mucho más rigurosa, carente ya de espontaneidad. Revelaba en fin —e igual ocurría con su conversación— que había pensado mucho en lo que debía decir y cómo lo debía decir, aunque fuese unos segundos antes.

De acuerdo con el testimonio de Juan Carlos García Borrón y las investigaciones llevadas a cabo por Pinilla de las Heras y por Laureano Bonet, Sacristán, que en 1946 apreciaba particularmente la obra de Unamuno, fue interesándose cada vez más por la filosofía de Ortega. De este interés por la obra de Ortega hay muchas huellas en las crónicas y ensayos que Sacristán escribió en la revista barcelonesa *Laye*, de la que fue impulsor principal, entre 1950 y 1954.

El liberalismo de Ortega fue para él, como para otros universitarios de su generación, una corriente de aire fresco, un acicate para salir del *remurimiento* (como decía irónicamente el propio Sacristán en *Laye*). Fue también una vía de enlace con el pensamiento de los filósofos hispánicos de la II República y del exilio. La lectura y discusión de los textos de Ortega le abrió el camino al europeísmo y, a través de él, al conocimiento de lo que se estaba haciendo (no sólo en el ámbito filosófico) más allá de los Pirineos.

Si se revisan los escritos de Sacristán en la época de la revista *Laye*, entre 1950 y 1954, se aprecia en seguida que sus intereses filosóficos, literarios y político-culturales iban mucho más allá de la filosofía orteguiana y del europeísmo. Sacristán se estaba haciendo ya en esos años un pensamiento propio. Sacristán no compartía la distancia aristocrática de Ortega respecto de las masas y su incorporación a la política, sino que era ya entonces muy sensible a la vida y las desgracias de los trabajadores, de los obreros industriales. Esto le condujo, por ejemplo, a apreciar en seguida el filosofar comprometido de Simone Weil, una parte de la obra de Jean Paul Sartre o la literatura y el teatro social norteamericano contemporáneo.

Esta combinación de afinidades le impulsaba hacia un punto de vista que en algún momento he denominado tentativamente *personalismo libertario* para

distinguirlo de la corriente central del personalismo francés de la época; un personalismo, atento, por lo demás, a la religación en sentido profundo (no, desde luego, a la religión institucionalizada, ni a la mística en sentido genérico, pero sí a la mística subjetiva en un sentido serio, moral, comprometida con los problemas y las desgracias de la humanidad sufriente). Así, en 1953, Sacristán escribía:

El pensamiento político de Simone Weil ofrece la interesantísima característica de servir desde un punto de vista religioso experimental a la corriente personalista revolucionaria que se va abriendo paso en la Europa contemporánea, sin estar previamente hipotecado al proselitismo o la propaganda de alguna de las gigantescas máquinas públicas internacionales que se disputan desde hace tiempo el alma de los europeos.

Por otra parte, Sacristán empezaba a dar ya entonces muchísima importancia a la precisión lingüística, al matiz filosófico y al desvelamiento de la verdad en consonancia con la invención lingüística. Empezaba a pensar que el rigor moral, y con él, la virtud, tienen mucho que ver con la precisión del razonar y en la expresión de las ideas. Este pensamiento determinó en él una atracción por distintas corrientes de la filosofía contemporánea que se aproximaban entonces al ideal de la precisión y de la invención lingüística desde ópticas ideológicamente enfrentada, aunque no necesariamente contradictorias: la filosofía analítica, anglosajona o de lengua alemana, que estaba poniendo el acento en el pensamiento lógico, y la analítica existencial heideggeriana que, en el otro extremo y siguiendo en esto una sugerencia de Nietzsche, atendía sobre todo al proceder etimologizante, a la etimología de las palabras clave del lenguaje filosófico, y a la metáfora.

Como han recordado García Borrón y Pinilla de las Heras, Sacristán aprendió inglés para leer a los filósofos del sentido común y a Russell; pero simultáneamente se sentía atraído por aquel gran creador de lenguaje filosófico que fue el Heidegger de *Ser y tiempo*. De manera que cuando, en 1954, Sacristán se trasladó a Münster para ampliar estudios, inmediatamente después de terminar la licenciatura en filosofía, su alma estaba, por así decirlo, dividida entre el interés por el análisis formal (los últimos desarrollos de la lógica) y la capacidad de invención lingüística del pensar *esencial* heideggeriano, que enlazaba, claro está, con los grandes asuntos de la ontología continental, y que acabó siendo el tema de su tesis doctoral.

Pero hay un punto en el que Sacristán no podía coincidir ya entonces con ninguna de estas dos grandes corrientes de la filosofía contemporánea y que tiene que ver precisamente con su pasión político-social: la escasísima atención o el desprecio que ambas manifestaban ante la historia, el antihistoricismo de la analítica heideggeriana y el formalismo ahistórico, a veces meramente semántico o preocupado por cuestiones exclusivamente técnicas, del que entonces hacía gala una parte importante de los cultivadores analíticos de la lógica formal. Sacristán, que consideraba rasgo central del ser humano su historicidad, que había empezado a teorizar sobre las crisis históricas y que dedicaba mucha atención a los

contextos en los cuales se formulan las ideas (la circunstancia, en lenguaje orteguiano), tenía que sentirse insatisfecho lo mismo ante el logicismo formal, sólo atento a la técnica (y que siente horror por todo lo que llama metafísica), que frente al antihistoricismo del pensamiento *esencial* y etimologizante.

María Rosa Borrás, que fue alumna de Sacristán en el instituto Maragall de Barcelona durante el curso 1953-1954, ha recordado que, aunque entonces Sacristán citaba frecuentemente a Heidegger en las clases, ya era antiheideggeriano por lo menos en dos puntos: por su atención clasicista a la *continuidad histórica* del ser humano y por su diferente valoración de la relación entre técnica y razón en las crisis del mundo contemporáneo. Según me contó Sacristán años después, ya antes de su viaje a Alemania había intentado contactar con el movimiento obrero antifranquista organizado en Barcelona. La atracción que sentía por la experiencia de Simone Weil y su actividad anterior le inclinaban hacia el libertarismo, pero la misma persona con la que contactó, de origen libertario, le sugirió que, dada la situación de la CNT entonces, si quería hacer antifranquismo en serio, buscara a los comunistas.

II

EN Münster, entre 1955 y 1956, además de la lógica formal, Sacristán descubrió ese algo que ya andaba buscando en Barcelona y no pudo o no supo encontrar en la ciudad condal: el movimiento obrero organizado y el marxismo. Vicente Romano, que fue compañero de estudios de Sacristán en los cursos para extranjeros en Münster, ha reconstruido con algún detalle las reuniones dominicales en que se formaron, leyendo textos de economía política marxista y discutiendo sobre la situación política europea de entonces, así como las vías por las cuales llegaron a contactar con la dirección del partido comunista de España en París. En esto tuvo un papel destacado Ettore Casari, lógico matemático italiano, adscrito al mismo Instituto que Sacristán, profesor en Pavía y afiliado al PCI. Vicente Romano ha fechado en marzo de 1956 el primer contacto de Sacristán con la dirección del PCE en París.

Nada más regresar a España en 1956 Sacristán empezó a simultanear el trabajo universitario, como ayudante en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, con las colaboraciones editoriales y la actividad política. En el PSUC se le encargó de la organización universitaria. Por aquellas fechas existían ya algunos núcleos de estudiantes e intelectuales comunistas que empezaban a organizarse tanto en Madrid como en Barcelona. Se habían iniciado las primeras protestas estudiantiles antifranquistas y Sacristán dedicó muchas horas a establecer contactos con estudiantes, profesores e intelectuales y a vincular a éstos con las organizaciones clandestinas del PSUC y del PCE, así como a informar a la dirección del partido en el exterior de las actividades que se estaban llevando a cabo en el interior. En 1957 Manuel Sacristán conoció a Giulia Adinolfi, hispanista napolitana y comunista también, con la que se casó, en Nápoles, en agosto de ese mismo año.

De la intensa actividad política de Sacristán desde su regreso a España dan cuenta numerosos testimonios de personas que eran entonces estudiantes universitarios y que se movían en las proximidades del partido comunista (Octavi Pellisa, María Rosa Borrás, Joaquín Jordá, Jordi Solé Tura, Vázquez Montalbán, Xavier Folch, Luis Goytisolo) así como las memorias de escritores de su generación, a los que Sacristán había tratado en la época de *Laye* pero con los que dejó de mantener relación entonces, casi siempre por razones de seguridad (Gil de Biedma, Barral, Castellet, Juan Goytisolo, Joan y Gabriel Ferrater, Estapé, García Borrón, Pinilla de las Heras) y dirigentes comunistas de la época que le trataron con alguna asiduidad en Barcelona (Miguel Núñez) o en las reuniones clandestinas en el exterior (Gregorio López Raimundo, Francesc Vicens, Jorge Semprún, etc.).

La mayoría de los testimonios contenidos en memorias publicadas hasta ahora aportan poco para el conocimiento de lo que fue la actividad de Sacristán en la Barcelona de 1956 a 1958; suelen reflejar las complicaciones y los equívocos de las relaciones políticas de entonces, mediatizadas por la clandestinidad; y, cuando tratan de pasar de la anécdota a la categoría, están trufados por consideraciones y juicios en los que se mezclan recuerdos personales sobre el personaje con el también personal borrar las huellas que por lo general acompaña a la evolución de cada uno con posterioridad a los hechos que se cuentan.

La persona que conoció mejor la actividad política de Sacristán en ese período, porque fue el primer estudiante universitario organizado como comunista en Barcelona y tuvo contacto directo con él, Octavi Pellisa, murió sin dejar escrita una palabra, aunque, además de a los amigos íntimos, comunicó algunas de sus impresiones al periodista Gregorio Morán, quien años más tarde publicaría una historia del partido comunista de España, demoledora pero bastante bien documentada. En tales condiciones, la mejor y más fiable reconstrucción de la actividad política de Sacristán para ese período sigue siendo una tesis doctoral leída por Miguel Manzanera en la UNED, la cual, entre otras cosas, tiene el mérito de dar a conocer varios de los informes escritos por Sacristán y conservados en los archivos del PCE (y en el archivo particular de Francesc Vicens).

De esa documentación y de las conservaciones que yo mismo tuve con él, con Octavi Pellisa y con Xavier Folch años después, puedo deducir dos cosas. Primera: que en los años que siguieron al XX Congreso del PCUS, Sacristán se sentía, en lo político, muy próximo a la línea que entonces representaba el grupo dirigente del partido comunista italiano (que conocía bien, entre otras cosas por el vínculo sentimental con Giulia Adinolfi). Sacristán se identificaba señaladamente con la política cultural togliattiana y pensaba que algo parecido a eso era lo que había que hacer entonces en el comunismo español: renovación teórica del marxismo en una línea gramsciana y profundización de la crítica a lo que había sido el estalinismo en una línea como la propugnada por Togliatti en el Memorial de Yalta. Segunda: por razones específicas de la situación española (la dictadura de Franco, la clandestinidad, la persecución de los comunistas) pensaba que ésta era una tarea difícilísima, que había de llevarse a cabo

con muchas precauciones y para la cual no existían todavía los mimbres necesarios. Esto último explicaría la prudente distancia o equidistancia con que Sacristán se condujo en la polémica con Claudín y Semprún en el seno del PCE y en la controversia suscitada por el grupo de *Il manifesto* en el interior del PCI.

Entre 1956 y 1958 Sacristán descubrió que no iba a poder soportar el cúmulo de actividades académicas, producción intelectual y actividad política con el que había cargado. A pesar de su contención sentimental y de que le costaba mucho hablar en público de lo que había sido su vida (siempre consideró *indecente* hablar de sí mismo en las conferencias que daba), se ha referido varias veces a esta circunstancia, decisiva en su vida. La referencia pública de mayor entidad para saber cómo entendía su situación es la siguiente:

Yo era legal en España, tenía mi documentación en regla y era un profesor universitario o, en otras épocas, un traductor que viví como tal legalmente. Por otra parte, tenía mucha actividad ilegal, y en situaciones de bastante responsabilidad. Esto acarrea un gasto muy grande de tiempo y de energía. Una persona que está viviendo legalmente, descubierta, y sin embargo, actúa clandestinamente, tiene que pasarse muchas horas borrando pistas, por así decirlo; muchas más que si fuera puramente clandestina y viviera en una casa de seguridad del partido. Yo hacía así dos vidas, lo cual producía una especie de esquizofrenia.

En los varios informes que escribió entre 1958 y 1968 para la dirección del partido comunista hay otras dos cosas que ponen de manifiesto la insatisfacción de Sacristán. La primera es la sospecha de que él mismo no servía para desempeñar los trabajos requeridos por la política de alianzas. Algunas veces se refiere a esta parte de la política comunista como los «negocios» o los «tratos», y después de criticar con cierta acritud las concesiones que hay que hacer en ese tipo de relaciones manifiesta su escasa disponibilidad y aptitud para el asunto. La segunda es la crítica a la forma en que habitualmente se conducía entonces en el partido comunista la política cultural y las relaciones con los intelectuales y profesionales. En ese contexto Sacristán critica tanto el ordeno y mando como la falta de sensibilidad, por instrumentalismo, en el trato de algunos miembros de la dirección con personas, intelectuales o profesionales, que estaban en una situación parecida a la suya (como Josep Fontana).

En las entrevistas que le hicieron, ya en los últimos años de su vida, Sacristán ha acabado este diagnóstico con una doble manifestación: afirmando que, en tales circunstancias, tuvo que hacer de la necesidad virtud; y explicando, por otra, que, debido a este condicionamiento, gran parte de lo que escribió tuvo que consistir en «panfletos y materiales», escritos ocasionales, prólogos o ensayos cortos. Y así fue, sin duda, en lo que respecta a gran parte de su producción desde 1956. Pero este *tener que vivir dos vidas*, aquella *especie de esquizofrenia*, dejó en su ánimo huellas profundas. Entre los papeles de Sacristán, hoy conservados en el archivo de la Universidad de Barcelona, hay uno, escrito casi con toda seguridad a finales de los años sesenta, cuando sufrió su primera crisis depresiva, que pone

CIENCIA Y COMPROMISO: MANUEL SACRISTÁN,
FAUSTINO CORDÓN, ELOY TERNÓN

de manifiesto que Sacristán era muy consciente, desde 1956, de la cruz que le había caído encima. Se trata de una de esas cosas que uno escribe para aclararse sobre la propia vida y prospectar las vías, si es que las hay, para salir de la crisis en que cree encontrarse y que sólo comunica a los íntimos. El papel al que me estoy refiriendo ha sido publicado hace poco por Salvador López Arnal y comienza así:

«La causa es que está sin resolver la cuestión del ¿quién soy?

La pregunta fue suscitada con gran virulencia esta última vez por la crisis política.

Pero no era la primera vez que aparecía. Se me presentó en marzo de 1956, nada más volver a España [...] La decisión de volver a España significaba la imposibilidad de seguir haciendo lógica y teoría del conocimiento en serio, profesionalmente.

Las circunstancias me llevaron luego a la inconsecuencia de no evitar equívocos (oposición, etc.). Este es un primer error, no cronológicamente hablando.

En la misma primavera del 56 llegué a esa conclusión. Lo que agrava el error posterior».

Es importante subrayar que Sacristán nunca hizo público este tipo de consideraciones ni antes de 1968 ni después de 1968. En algún momento concreto, durante los años sesenta, redujo su actividad política en la dirección del partido comunista (para preparar oposiciones y para redactar su manual de Lógica), pero siguió aceptando los encargos político-organizativos que se le hicieron. Hacia mediados de los sesenta estaba considerado como uno de los pocos intelectuales comunistas públicos y declarados. Y desde esa óptica fueron leídos, por lo general, su prólogo a *Revolución en España*, su ensayo sobre el *Anti-Dühring* y sus aproximaciones a Labriola y a Gramsci, que son, todos ellos, textos cuya intención última es la renovación del marxismo. También Fernando Claudín lo entendió así en la reseña que hizo, en *Cuadernos del Ruedo Ibérico*, del prólogo de Sacristán al *Anti-Dühring*.

En el plano estrictamente político o político-cultural las aportaciones más interesantes de Sacristán en este período de gran activismo político están, además de en informes citados, en la revista *Nous Horizons, Realidad y Veritat*, así como en sus escritos de crítica a la universidad entonces existente, en las propuestas alternativas contenidas en el *Manifiesto por una Universidad Democrática* (que fue el manifiesto fundacional del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona) y en *El lugar de la filosofía en los estudios superiores*. Hacia 1968, aunque expulsado de la Universidad, Sacristán era ya el intelectual comunista más influyente en España.

LLEGAMOS así al tercer momento de su actividad política. En sus escritos de 1968-1969

Sacristán advirtió de la decisiva importancia de la «autocrítica del leninismo».

III

CIENCIA Y COMPROMISO: MANUEL SACRISTÁN,
FAUSTINO CORDÓN, EL OT TERNÓN

Analizó críticamente *a la vez* la actuación del partido comunista francés durante los hechos de mayo del 68 y la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia. Enseguida fue más allá del *no aprobamos* de la dirección del partido comunista. Consideró que aquel *doble aldabonazo* se saldaba con una doble derrota para el movimiento socialista justo cuando era evidente la recuperación del marxismo y del comunismo por abajo. Después de los acontecimientos de Praga, en una entrevista que le hicieron en *Cuadernos para el diálogo*, Sacristán sugirió: «Veremos cosas aún peores». Eso nos impresionó mucho entonces a los más jóvenes y le dio fama de pesimista en los círculos dirigentes. Pero acertó.

Sacristán estaba completamente convencido de que lo que hacían los «rusianos» no tenía nada que ver con el socialismo y de que lo que hacían los jóvenes extremistas del 69 tampoco. Pensaba, por tanto, que había que volver a empezar de nuevo todo. Quería llevar lo que llamaba primera autocrítica seria del socialismo, la de Alexander Dubcek, hasta sus últimas consecuencias. Esas últimas consecuencias eran para él entonces el consejismo democrático, la ampliación radical de la democracia: en Praga y en París. Nos dejó Sacristán esta lección: sin la autocrítica radical del socialismo que se denomina a sí mismo «real» o «realmente existente» no habrá recuperación posible de la idea de socialismo.

En 1970 Sacristán presentó la dimisión de todos sus cargos en la dirección de PSUC. Se ha querido ver en esta discrepancia un momento más del manido conflicto entre el intelectual «teórico» y el «político» práctico. No fue así. O no fue sólo esto. Si se leen comparativamente los materiales de la dirección del PSUC sobre la «putrefacción del Régimen de Franco» en 1969-1970 y la carta de dimisión de Sacristán (por nombre de guerra «Ricardo»), que se ha conservado en el Archivo Histórico del PCE, se verá que la diferencia era otra, que había dos interpretaciones radicalmente diferentes de la realidad española de entonces: eufórica y voluntarista la una, realista (en el mejor de los sentidos de la palabra) la otra. Esta vez la lección fue: la rectificación de la política comunista no puede ser ideológica ni basarse sólo en la voluntad de los dirigentes; tiene que partir del análisis, crítico, de lo que hay y evitar la pérdida del sentido de la realidad que conduce siempre a la manipulación de los de abajo por los dirigentes autoproclamados.

Su dimisión de los cargos en la dirección en el partido comunista fue acompañada por fases depresivas. Pero Sacristán no abandonó el partido ni la actividad política. Basta con leer su texto sobre *La universidad y la división del trabajo* para darse cuenta de hasta qué punto conservaba la pasión política de los años anteriores. Eso sí: su comunismo se hizo más libre y sus interlocutores pasaban a ser no sólo los trabajadores, sino también los grupos de estudiantes universitarios que proliferaban a la izquierda del PCE y del PSUC. A comienzos de la década de los setenta, en un momento en el que la mayoría de los grupúsculos surgidos de la resaca del 68 daban por liquidadas las diferencias lingüísticas y culturales, Sacristán recuperó el punto de vista leninista para tratar las cuestiones nacionales en el estado español. Esa fue una de sus aportaciones al

encierro de intelectuales en la Abadía de Montserrat para protestar contra los consejos de guerra de Burgos.

A mediados de los años setenta, antes y después de la muerte de Franco, Sacristán dedicó muchas horas a la organización del movimiento de enseñantes dentro y fuera de la universidad. De hecho contribuyó a la formación, en Barcelona, de un núcleo de profesores universitarios, de instituto y de maestros más sólido y consistente que el que tenía organizado el PSUC, como se deduce de la correspondencia entre dirigentes del interior y del exterior acerca de este asunto. Previó, discutiendo con Nicolás Sartorius y con una parte de la dirección de CCOO, que no iba a poder mantenerse el movimiento unitario de los trabajadores antifranquistas de la enseñanza y que lo mejor, en tales circunstancias, era propiciar la afiliación de los trabajadores de la enseñanza en los sindicatos de clase. Volvió a quedarse en minoría en esto. Pero años después la dirección de CCOO tuvo que reconocer que Sacristán llevaba razón. Ese fue el origen de las comisiones obreras de enseñanza.

En la segunda mitad de la década de los setenta Sacristán llevó a cabo una crítica radical, pero respetuosa en el tono, de lo que entonces se llamaba *eurocomunismo*: valoró la realidad social de los partidos que proponían ese camino, estimó insuficiente la crítica, en el interior de éstos, de los residuos estalinistas y consideró utópica y entreguista la rectificación de derechas que en aquel momento proponía el secretario general del PCE, Santiago Carrillo. Lo hizo con el argumento de que el *eurocomunismo* conduciría a la pérdida de la identidad comunista sin que los partidos comunistas lograran a cambio llegar al gobierno en parte alguna. Entendió que el eurocomunismo era una desnaturalización en lo cultural sin beneficios en lo político para los de abajo.

Atendiendo precisamente a la realidad social que representaban los partidos comunistas, es decir, a su implantación entre los trabajadores de la industria y entre los de abajo, y conociendo como conocía las maniobras financieras y políticas de la socialdemocracia de entonces para potenciar una reforma pactada en los primeros momentos de la transición, Sacristán se mantuvo en el PSUC y en el PCE hasta 1978. Para entonces había empezado a concretar ya su reconsideración del comunismo en base al análisis de los problemas nuevos que él llamaba postleninistas. Sacristán fue uno de los primeros comunistas europeos en llamar la atención acerca de lo que significaban los problemas medio-ambientales, la crisis ecológica, y en proponer una reconsideración del ideario comunista en base a ello. Y contribuyó a fundar una de las primeras organizaciones representativas del ecologismo social en nuestro país, el Comité Antinuclear de Catalunya (CANC). Algunas de sus intervenciones políticas de esos años fueron publicadas en la revista *Materiales* (Barcelona, 1977-1978).

FRENTE a lo que consideraba «mera utopía» o mala utopía, Sacristán propuso, desde 1979, una rectificación estratégica de izquierdas que partiera del análisis

IV

de los problemas (ecológicos, económicos, sociales y culturales) nuevos en el capitalismo tardío y enlazara con los nuevos movimientos sociales. De ahí nació el proyecto rojiverde violeta que ha sido la revista *mientras tanto*, cuyo nombre fue un homenaje a Giulia Adinolfi, quien moriría de cáncer un año después. Sintomáticamente Sacristán proponía, en la primera carta de la redacción, «dejar sosegada la casa de la izquierda» (o sea, evitar el sectarismo) y poner el acento en el análisis de lo social, no en las controversias políticas.

En ese contexto, y en los años que siguieron hasta su muerte en 1985, Sacristán hizo una crítica drástica de lo que ha significado el estalinismo en el movimiento comunista, una crítica que rebasa con mucho la vieja idea de la crítica al culto a la personalidad de Stalin; argumentó que, en la perspectiva histórica, la debilidad principal del eslogan leninista *soviets más electricidad* fue aceptar y reproducir el punto de vista productivista mientras se liquidaban los soviets; sugirió que había que revisar la principal máxima comunista, según la cual hay que dar a cada cual según sus necesidades, a la luz de la degradación de la naturaleza y teniendo en cuenta que el productivismo capitalista y socialista han ayudado a la conversión de las fuerzas productivas en fuerzas destructivas; y propuso una política de la ciencia que partiera de la consideración de que ésta, la ciencia, es lo mejor que tenemos desde el punto de vista epistemológico y lo más peligroso que ha inventado el ser humano desde el punto de vista socio-moral.

En 1982 Sacristán, que apreciaba mucho el trabajo que estaba llevando a cabo el historiador británico E. P. Thompson, propuso incorporar la argumentación pacifista al proyecto de *mientras tanto*. También esto lo hizo dialogando con la tradición leninista, y en particular con el punto de vista de Lenin acerca de las guerras. Reflexionó acerca de Gandhi y lo que había representado el gandhismo teniendo en cuenta la novedad que representa la era nuclear, la existencia de armas de destrucción masiva y el riesgo de una guerra librada con armas nucleares. Colaboró entonces con los primeros comités anti-OTAN y argumentó en ellos la inflexión del antimilitarismo propio del socialismo clásico hacia el pacifismo, aunque criticó al mismo tiempo el fundamentalismo pacifista. Enmarcó esta propuesta política alternativa en la necesidad de una revolución cultural de amplio alcance que incluyera la vida cotidiana. Y dialogó sobre esto con W. Harich y A. Heller.

En 1985, el año de su muerte, en un artículo titulado *OTAN hacia dentro*, Sacristán escribió el más lúcido de los análisis políticos que se han hecho en nuestro país sobre lo que acabaría llamándose «felipismo». Aludiendo a las declaraciones de Alfonso Guerra sobre la intención de cambiar la opinión anti-OTAN, todavía mayoritaria en la población española, y a las campañas periodísticas en el mismo sentido, Sacristán dejó dicho allí que lo peor de la campaña atlantista del PSOE iba a ser el efecto moral a largo plazo de la corrosión de las conciencias de la ciudadanía por manipulación.

Una de las preocupaciones políticas de Sacristán en los últimos meses de su vida fue cómo pensar una política de izquierdas que tuviera en cuenta la articulación del estado plurinacional y multilingüístico que es España. Hablé de esto

CIENCIA Y COMPROMISO: MANUEL SACRISTÁN,
 FAUSTINO CORÓN, ELOY TERRÓN

con él varias veces entre julio y agosto de 1985. Sacristán me dijo que teníamos que pensar a fondo en la línea del federalismo cultural.

Ya en una entrevista que concedió a la revista *Argumentos* en 1983, y que no llegó a publicarse, afirmaba que el internacionalismo es uno de los valores más dignos y buenos para la especie humana con que cuenta la tradición marxista. Y añadía: «Pero el internacionalismo no se puede practicar de verdad más que sobre la base de otro viejo principio, que es el de la autodeterminación de los pueblos». Y en su última entrevista, publicada en *Mundo obrero*, al ser preguntado sobre los nacionalismos en España, todavía fue más explícito: «Sólo el paso por ese requisito aparentemente utópico de la autodeterminación plena, radical, con derecho a la separación y a la formación de estado, nos dará una situación limpia y buena. Ya se trate de un estado federal o de cuatro estados. Todas las técnicas políticas y jurídicas que se quieran aplicar para hacer algo que no sea eso no darán nunca un resultado satisfactorio». Esta fue su última palabra en lo político.

Algunas veces, atendiendo al hecho de que se quedara en minoría en varias ocasiones, dentro y fuera del partido comunista, se ha escrito que Manuel Sacristán era inhábil para las cosas de la política. Él mismo sugirió algo así en una ocasión citando a Georg Lukács. Y en la última entrevista que concedió, en febrero de 1985, se lo dijo al poeta y escritor Carlos Piera de la forma más explícita: «Como político yo no soy demasiado listo». Seguramente no lo era para las cosas que habitualmente entran en la acepción más restrictiva de lo político, es decir, para los tratos, los negocios y las politiquerías. Pero, con la distancia del tiempo transcurrido desde su muerte, y pensando en lo que hemos visto desde entonces, cabe preguntarse: ¿No será que Sacristán representaba otra forma de entender la actuación política, otra forma de hacer política comunista?

